

INSTITUTO DEL MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

NOTAS DEL MUSEO DE LA PLATA

TOMO IX

Antropología, N° ~~2~~

ANTIGÜEDADES

EN LA

REGIÓN DE LOS LAGOS NAHUEL HUAPI Y TRAFUL

I-VII

POR

MILCIADES ALEJO VIGNATI



LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

1944

ANTIGÜEDADES

EN LA

REGIÓN DE LOS LAGOS NAHUEL HUAPI Y TRAFUL

INSTITUTO DEL MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

NOTAS DEL MUSEO DE LA PLATA

TOMO IX

Antropología, N° 23bis

ANTIGÜEDADES

EN LA

REGIÓN DE LOS LAGOS NAHUEL HUAPI Y TRAFUL

I-VII

POR

MILCÍADES ALEJO VIGNATI



LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

—
1944

ANTIGÜEDADES

EN LA REGIÓN DE LOS LAGOS NAHUEL HUAPI Y TRAFUL

POR MILCÍADES ALEJO VIGNATI

I

EL ENTERRATORIO DE PUERTO HUEMUL

Transcurría el año 1931 cuando don Carlos Ortiz Basualdo † se puso en comunicación con el Museo de La Plata, para hacerle saber que en la estancia Huemul, a orillas del lago Nahuel Huapi, de la que era copropietario, se había descubierto un cementerio con características tan especiales que le habían determinado a requerir su intervención para determinar no sólo su valor, sino también, la edad relativa y procedencia cultural.

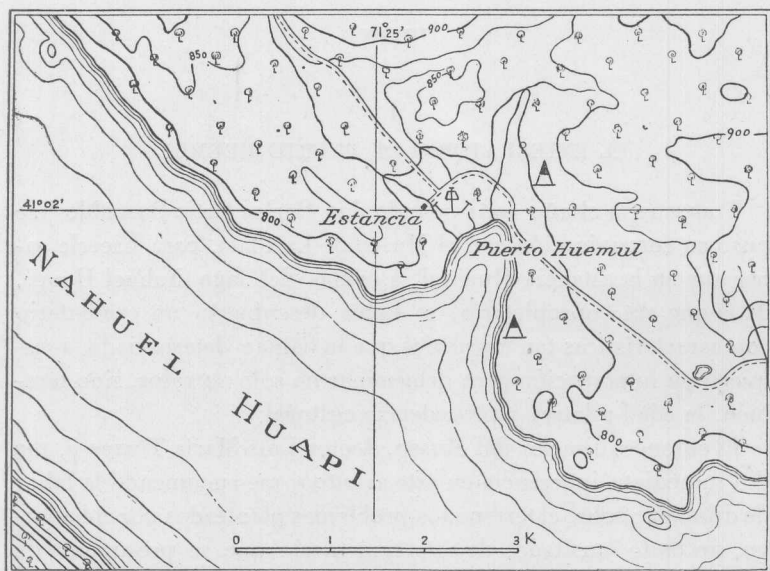
El entonces director del Museo, doctor Luis María Torres †, me dió inmediata ingerencia en este asunto y me encomendó la labor de dilucidar sobre el terreno los problemas planteados por el hallazgo, un tanto inusitado, de este cementerio que se presuponía de origen hispánico.

Después de muchos meses de espera logré, al fin, llegar a Nahuel Huapi ¹.

¹ Las ya próximas vacaciones universitarias subsiguientes a la invitación del señor Ortiz Basualdo, estaban comprometidas para el estudio de la península San Blas (Vignati, 18, 19 y siguientes); en el otoño del año 1932 intenté llegar al lago Nahuel Huapi, pero al día siguiente de haber partido de Buenos Aires, durante el viaje desde Bahía Blanca a Carmen de Patagones me enteré que una lluvia torrencial había cortado los terraplenes del ferrocarril en diversos lugares del tramo Carmen de Patagones-Pilcaniyeu, que era, entonces, punta de rieles. Después de varios días de espera, no habiendo posibilidad de paso, regresé a la capital. Recién en marzo de 1933 pude llegar al lago.

El cementerio estaba ubicado en las proximidades de la antigua casa de la estancia (mapa 1) y a pocas decenas de metros de la orilla del lago, ocupando una pequeña altura desde la cual, sin embargo, es dado columbrar un amplio sector de aquél.

El enterratorio había sido descubierto íntegramente, aunque se mantenía protegido por una construcción especial, sin haber extraído más que las piezas arqueológicas y un cráneo que el señor



Mapa 1. — Ubicación de los hallazgos en los alrededores de la casa de la estancia Huemul

Ortiz Basualdo había donado al Museo de La Plata. Pude, según se comprende, comprobar en el terreno las condiciones tan extraordinarias inherentes al hallazgo, que sin mucho estudio, evidenciaban ser un cementerio de elementos indígenas en contacto con la civilización cristiana. Esta circunstancia no era óbice, por cierto, para restarle interés. Por el contrario; a más de proporcionarnos el conocimiento de un yacimiento de edad determinable, tenía la singularidad de ponernos en presencia de la variación de las costumbres inhumatorias de una cultura, en el momento supremo de

transformarse a influjos de otra más poderosa. Y como si estos motivos no fueran de suyo por demás importantes, media aún el hecho que su descubrimiento soluciona — con la irrevocable fuerza de toda demostración física — la teórica discusión entablada alrededor del lugar donde había estado instalada la misión jesuítica que fundara en primer término el Padre Mascardi y que volviera a erigir, a los años, el no menos benemérito Padre de la Laguna.

Al iniciarse una excavación para usos ulteriores, en un lugar que puede considerarse en el casco de la estancia Huemul, se encontró un cráneo humano lo que determinó al señor Ortiz Basualdo a proseguir la excavación metódicamente hacia los lados. Tan apropiadas disposiciones permitieron descubrir, a unos 40 cm de profundidad, troncos de árbol, seccionados y dispersos, de aspecto muy antiguo, en gran parte carcomidos por la humedad. En niveles más inferiores fueron hallados varios fragmentos de cerámica esmaltada, azul y blanca, del conocido tipo de Talavera. Por debajo, a 1,30 m de profundidad en relación con el nivel circundante del terreno, ocupando una superficie calculable en unos 40 metros cuadrados, fueron descubiertos 13 esqueletos humanos dispuestos, en términos generales, orientados con la cabeza hacia el naciente, en posición decúbito dorsal y, salvo algunas excepciones, estaban con los brazos flexionados sobre el tórax y las manos entrelazadas sobre el pecho, tal como acostumbramos actualmente los católicos, para que el muerto sostenga el crucifijo; los miembros inferiores, estirados (láms. I y II). Los esqueletos estaban dispuestos en tres hileras, relativamente paralelos entre sí y a distancias que variaban de 1 a 3 metros. No puede ponerse en duda que fueron enterrados siguiendo un plan preconcebido, equivalente a la simétrica distribución de cualquiera de nuestros cementerios.

Varios de los esqueletos tenían a su lado las típicas ofrendas que los aborígenes depositaban junto a sus muertos, entre las que se destacan como más interesantes: un esqueleto de perro dispuesto a modo de aureola alrededor de uno de los cráneos — lo que demuestra que habían sacrificado al animal de propiedad del difunto — un cántaro, un mortero y una lámina discoidal de cobre repujado.

Pero, también, fueron encontrados los dos maderos que constituyen una cruz, uno de los cuales, desgraciadamente, no ha podido conservarse.

Por último, es importante mencionar que varios de los cráneos exhumados presentan fracturas y aplastamientos óseos que demuestran inequívocamente haber sucumbido en forma violenta. El único ejemplar donado por el señor Ortiz Basualdo y que describiré de inmediato, ostenta un traumatismo similar, con la singularidad de no haber sido esa feroz percusión el motivo ocasionante de la muerte, por cuanto el proceso cicatricial ha determinado neoformaciones que implican la supervivencia del aborigen tan contundentemente lesionado.

Esta somera descripción del enterratorio y la enumeración de los objetos hallados, donde forman abigarrado conjunto las costumbres cristianas con las gentiles, los restos indígenas con objetos de nuestra civilización, significa dar a este descubrimiento el valor especial derivado de ser entierros de indígenas convertidos a la fe católica, pero a los que se les toleraba sus costumbres paganas que aparecen manifestadas promiscuamente, y que dan un carácter tan particular a este hallazgo.

En un estudio anterior relativo a este mismo tema, hacía destacar que en todo el ámbito patagónico, según viajeros y cronistas, « fué costumbre general... la de enterrar a los muertos en posición encogida, los muslos recogidos sobre el tórax, las piernas dobladas, los brazos replegados y las manos, ya abiertas o cerradas, cubriendo la cara. Esta posición — añadía — por ser la adoptada en todos los entierros, se la ha considerado y conoce con el nombre de 'posición ritual' por antonomasia » (Vignati, 20, 316). Sin desvirtuar tal aseveración que trasunta, en realidad, la generalidad de los casos, cabe, sin embargo, recordar hallazgos particulares que no la confirman. Así, una pareja exhumada al sur del río Santa Cruz, presentaba sus miembros estirados (Vignati, 19, 91) y tanto más oportuno es el recuerdo, por cuanto los indígenas pobladores de la margen oriental del lago Nahuel Huapi eran poyas que, según he demostrado no hace mucho (Vignati, 21, 238) son los mismos patagones de las gobernaciones australes.

Pero, si el argumento de la posición no ritual puede ser motivo de una revisión bonificadora a través de estos nuevos descubrimientos, en cambio, no pueden ser cuestionados, ni el acondicionamiento de las manos sobre el pecho, ni la correlativa presencia del crucifijo, ni el despliegue simétrico de los sepultados, hechos todos que evidencian la hegemonía de un pensamiento civilizado que impuso las normas directrices en los momentos del sepelio.

Antropología

Cráneo n° 6991. ♀, adulto, de 25 a 30 años. Falta la apófisis zigomática del temporal. Presenta una lesión traumática, produ-

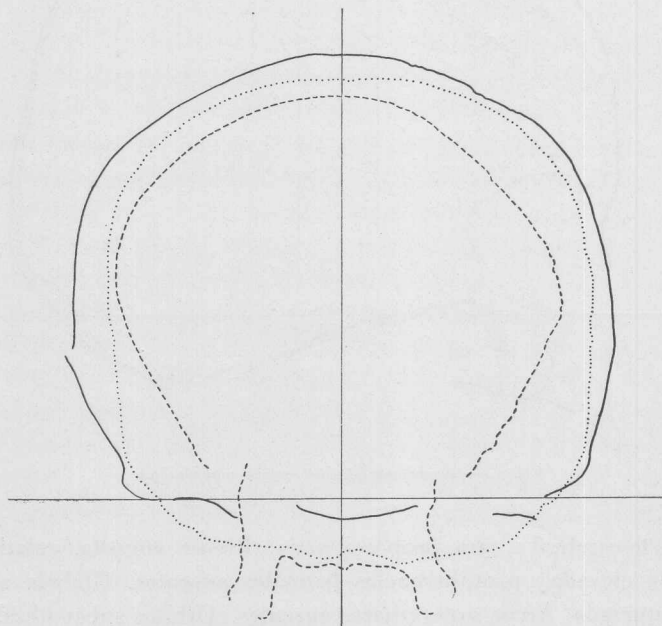


Fig. 1. — Curvas frontales del cráneo número 6991

cida por un cuerpo contundente, que ha aplastado casi la mitad del frontal izquierdo, invadiendo un poco la región contigua del parietal. Por arriba de la protuberancia frontal derecha existe una

perforación de un centímetro de diámetro, producida *post mortem* por un animal terrícola, y otra más pequeña, de igual origen, en la escama temporal izquierda.

Norma facialis. — En su conjunto (lám. III, fig. 1), el cráneo facial es grácil, no obstante el pronunciado prognatismo. Existe un ligero predominio del cráneo facial sobre la porción visible de

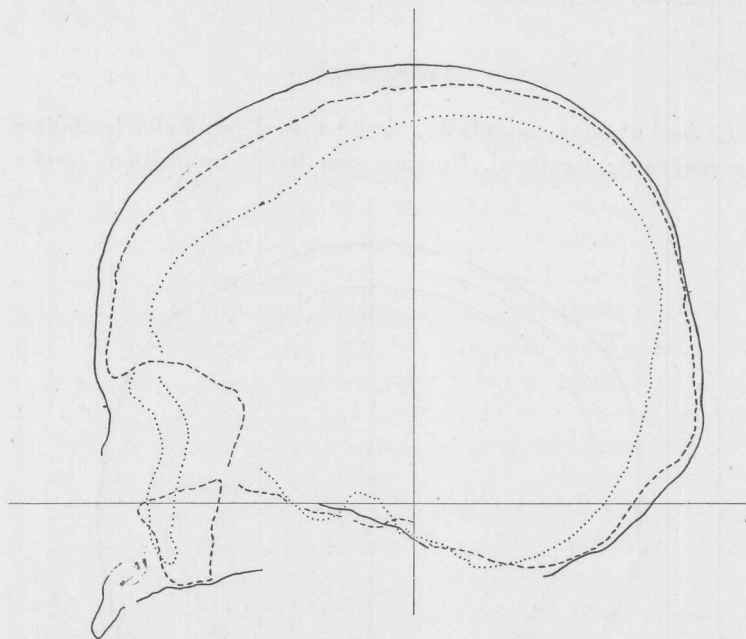


Fig. 2. — Curvas sagitales del cráneo número 6991

la parte cerebral; cara proporcionada. Frente angosta, relativamente elevada; protuberancias frontales ausentes. Glabella algo pronunciada. Arcos superciliares ausentes. Orbitas subcuadradas. Raíz nasal, ancha. Dorso de la nariz, poco prominente y cóncavo. Abertura piriforme, ancha y baja. Zigomáticos gráciles que se destacan muy poco de la superficie lateral del cráneo. Mandíbula, delicada. Sínfisis, baja. Protuberancia mentoniana, en forma triangular y poco pronunciada.

Norma lateralis. — Curva ántero-posterior suave y normal (lám. III, fig. 2); alcanza su mayor altura en la región post-bregmática y desciende en forma regular hasta la zona iníaca donde existe un *torus* no muy elevado pero bien definido. Región sub-

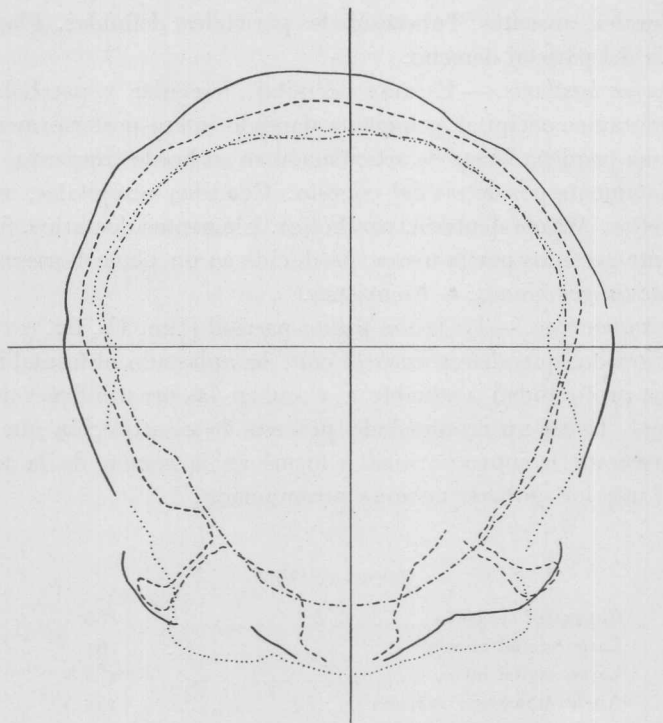


Fig. 3. — Curvas horizontales del cráneo número 6991

iníaca deprimida. El perfil de la nariz y la porción subglabellar forman una curva cóncava poco pronunciada. Espina nasal anterior, ausente por rotura. Prognatismo. Línea sinfisiana, procidente. Rama ascendente de la mandíbula, angosta. Rama transversa, baja. Zigomático y proceso zigomático, grácil. Proceso mastoideo muy pequeño. Escama temporal, de tamaño regular. Plano temporal, ausente. Líneas temporales, ausentes.

Norma occipitalis. — Tapeinocéfalo (lám. III, fig. 3) ligeramente más ancho que alto. Angulos muy redondeados. Base casi plana. La línea *nuchae superior* y la línea *nuchae inferior* unificadas en un *torus*.

Norma verticalis. — *Sphenoides rotundus* (lám. III, fig. 4). Fosas temporales, ausentes. Tuberosidades parietales, definidas. Plagiocefalia del parietal derecho.

Norma basilaris. — Escama occipital, irregular y parabólica. Gran foramen occipital, pequeño y alargado ántero-posteriormente, con una pequeña faceta de articulación en su borde izquierdo, inmediatamente por detrás del cóndilo. Cóndilos occipitales, muy pequeños. Arcada dentaria, parabólica. Elementos dentarios, fuertemente gastados por la usura, producida en un plano horizontal.

Huesos wormianos. — No existen.

Traumatismo. — La lesión fronto-parietal (lám. IV, fig. 1), ya mencionada, que abarca unos 48 cm², ha aplastado el frontal hasta una profundidad avaluable a 1 cm en las proximidades de la coronal. Existe un pronunciado proceso de cicatrización que ha enmascarado la sutura coronal y forma en la región de la temporal inferior un *torus* no muy pronunciado.

Cráneo cerebral

Capacidad craneana	886
Largo sagital máximo	161
Largo sagital infaco	158.5
Ancho transverso máximo	142
» bimastróideo máximo	123
» frontal mínimo	91
» frontal máximo	114
Altura basilo-bregmática	126
Altura aurículo-bregmática	112
Curvatura sagital nasio-opistio	343
» sagital nasio bregma	121
» sagital bregma-lambda	115
» sagital lambda-opistio	107
» transversal	315
» horizontal	483
Largo del <i>foramen occip. magnum</i>	33

Ancho del <i>foramen occip. magnum</i>	27
Índice longitudino-transversal (cef.).....	88.19
» longitudino-vertical.....	69.56
» transverso vertical.....	78.87
» de la relación entre la altura de la bóveda craneana y el diámetro glabelo-iníaco..	70.88
» de la relación entre la altura de la bóveda craneana y el diámetro glabela-lambda.	71.33

Cráneo facial

Altura nasio-mentoniana	103
» nasio-alveolar	61
» órbito-alveolar.....	34
Ancho interorbitario	22.5
Ancho nasal	25
Altura nasal	46
Ancho orbitario	37
Altura orbitaria.....	34
Largo alveolar	46
Ancho alveolar superior.....	60.5
Largo palatino	41
Ancho palatino	41.5
Largo nasio-basilar.....	90
Largo alveolo-basilar	90
Índice nasal.....	54.56
» orbitario	91.89
» palatino.....	101
» máxilo-alveolar.....	131.52

Mandíbula

Ancho bicondíleo.....	116.5
Ancho bigoníaco.....	92.
Largo de la rama ascendente.....	55
Ancho mínimo de la rama ascendente.....	28.5
Ancho máximo de la rama ascendente.....	39
Altura sinfisiana.....	29
Altura del cuerpo mandibular.....	28.5
Espesor máximo del cuerpo mandibular	11

Arqueología

El esqueleto de perro corresponde a la especie *Canis ingae* Nehring ¹ que, como se sabe, es la especie aborigen de América y que ha vivido en domesticación. El animal — ya lo he dicho — había sido dispuesto en semicírculo, nimbando la cabeza de uno de los sepultados.

El cántaro, es de factura bastante tosca; tiene forma globosa (lám. I), provisto de asa; cuello bien diferenciado. Ha sido hecho con material poco seleccionado y, además, poco cocido, de modo que su consistencia es bastante deleznable. Tiene una morfología asimilable a la de los vasos provenientes de un enteriatorio descubierto en la sierra de Currumalal ².

El disco metálico, hallado incompleto (fig. 4), está constituido, en su mayor parte, por cobre, pero tiene vestigios de plata y oro ³. Su diámetro máximo es de 14 cm. Es una lámina delgada, de un milímetro de espesor, repujada y grabada. El repujado consiste en una serie continua de pequeñas saliencias puntiformes en el borde mismo del disco y de grandes mamelones, dispuestos sin mayor simetría, desde los 2 hasta 4 cm de aquel; la parte conservada presenta 6 de estos mamelones. El disco tiene un agujero excéntrico, el cual está rodeado de una doble línea grabada; el espacio entre ambas se ha rellenado con pequeños trazos correspondientes a fragmentos de radio. De allí se desprenden, hechos de igual modo, elementos semienvolventes de los mamelones más próximos, mientras que los más distantes poseen igual adorno pero originados en una simple línea que corre a 1 cm del borde del disco.

¹ Determinación zoológica del doctor Angel Cabrera. Quedo por ello muy reconocido.

² Entiendo que este material forma parte actualmente de las colecciones arqueológicas del Museo de La Plata. Establezco la correspondencia de formas teniendo como base unas fotografías que me remitiera, a poco del descubrimiento — Septiembre de 1938, — el doctor Tomás Suero, por aquel entonces, mi alumno de Antropología.

³ Análisis químico del doctor Nazario Alvarez, a quien agradezco su atención.

Apoyados sobre tal línea, existen triángulos equiláteros cuyo interior ha sido colmado por rayas casi paralelas.

El madero del crucifijo, que se ha conservado, corresponde al travesaño. En su anverso (fig. 5 a), puede aun diferenciarse el tallado con que se le había adornado, el cual, por cierto, es uno de los más

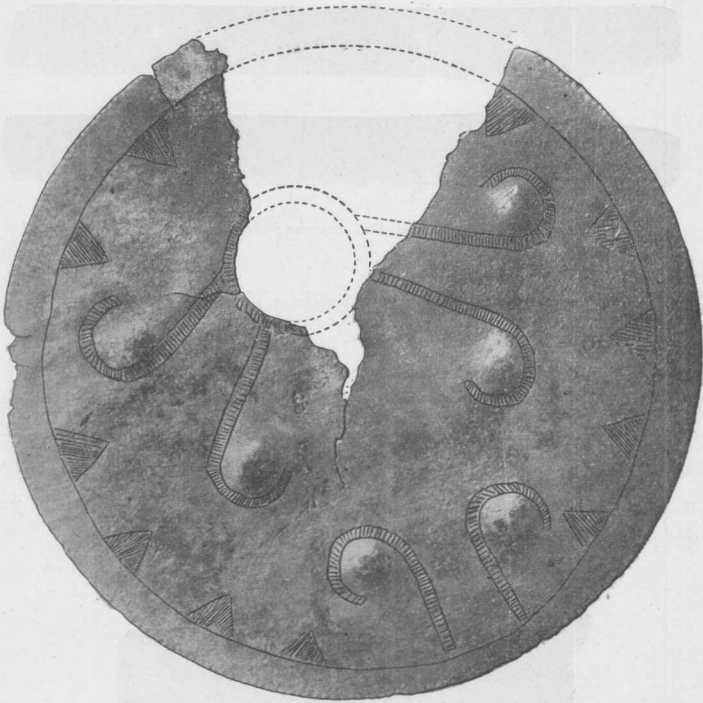


Fig. 4. — Disco metálico, 2/3 del natural

clásicos y frecuentes. Como este lado del madero estaba barnizado, se ha conservado en condiciones muy superiores al reverso. En efecto, esta otra cara (fig. 5 b), muy carcomida por la humedad, ha perdido la superficie de construcción. Puede, sin embargo, diferenciarse el rebajo de la ensambladura — de 15 mm de ancho — quedando en la parte más adelgazada un espesor de madera de 3 mm. En el lugar correspondiente a los clavos de las manos del Cristo,

hay sendos agujeros de 3 mm de diámetro, mientras que en el centro del ensamble, se observa un pequeño fragmento del clavo que fijaba ambos maderos, fragmento, por cierto, muy oxidado y que, en el anverso, puede discernirse sólo por la mancha rojiza de herrumbre allí existente.

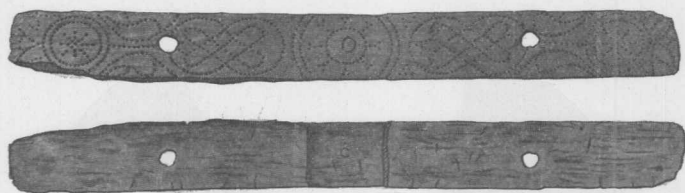


Fig. 5. — Madero del crucifijo : arriba, anverso ; abajo, reverso. 2/3 del natural

La longitud de este travesaño es de 134 mm, el ancho es de 13 mm y su espesor máximo 6 mm.

Intensificando la búsqueda en las inmediaciones del lugar de emplazamiento del enterratorio, fueron halladas diversas piezas arqueológicas. La más característica de las encontradas por el señor Ortiz Basualdo es una pipa ; mis hallazgos, en cambio, fueron : dos fragmentos de pipa, dos raspadores, una lámina y un objeto de adorno personal.

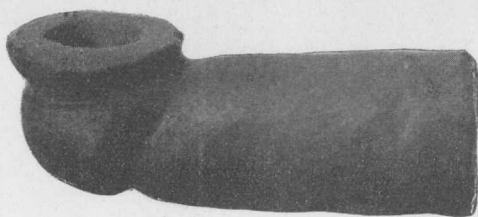


Fig. 6. — Pipa. 2/3 del natural

La pipa (fig. 6) — que ahora forma parte de las colecciones del Museo de la Patagonia — ha sido elaborada con tierra posteriormente cocida. Puede considerarse constituida de dos partes : el hornillo y el canuto. Aquél, es de forma globular (fig. 7),

con cuello bien definido y labios un tanto abiertos (con un diámetro de 34 mm) entre los cuales se abre la boca del horno (con 18 mm de luz). El cuerpo globular presenta cuatro relieves o mamezones, de unos 5 mm de diámetro, dispuestos : tres en su parte ecuatorial y uno en su polo inferior. El canuto no es perfectamente cilíndrico, pues, además de enangostarse un tanto en su conjunción con el hornillo, no es de base circular, ya que sus diámetros son 30 y 28 mm respectivamente. El agujero del tubo es excéntrico.

La longitud total de la pieza es de 93 mm.

Me parece que esta pipa no habrá sido usada tal como se la encontró, sino con el aditamento de una delgada caña, introducida en su abertura basal que facilitaría, muy eficientemente, la acción de aspirar el humo del excitante quemado.

Los dos fragmentos de pipa corresponden a la parte del canuto.



Fig. 8. — Fragmento de pipa número 219. Tamaño natural

El mejor conservado (fig. 8) ¹ es de forma de un tronco de cono muy alargado que, hacia la extremidad libre, enangosta su radio, formando una boquilla bien definida en cuyo ápice está el agujero del tubo con una luz de 4 mm. La parte conservada del cuerpo de la pipa tiene una longitud de 42 mm. Es de tierra cocida.

El otro ejemplar, muy semejante a éste en su forma, tiene

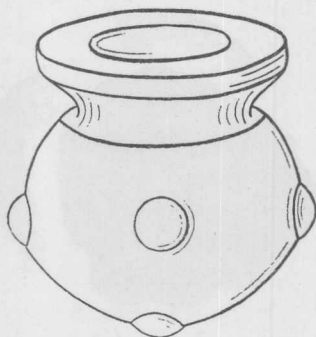


Fig. 7. — Hornillo de la pipa, esquemáticamente, mostrando la ubicación de los cuatro relieves.

¹ Los dibujos de las figuras 7, 8, 9 y 12 han sido realizados por la señorita María Elena Villagra Cobanera, con capacidad poco frecuente en la representación de esta clase de material. Igualmente, ella ha obtenido las curvas de Sarasin (figuras 1, 2 y 3) y ha corrido con la métrica del cráneo. Quédole, por todo ello, muy agradecido.

toda su superficie externa corroída por la prolongada acción de los agentes atmosféricos.

Los raspadores han sido trabajados en « calcedonia translúcida » ¹. Uno de ellos (fig. 9) es de forma subtriangular, con vértices redondeados. Es de un trabajo

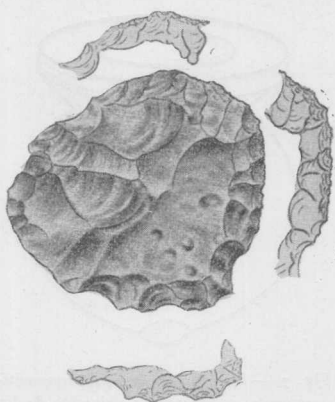


Fig. 9. — Raspador, número 203
Tamaño natural

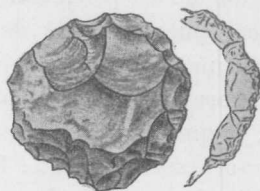


Fig. 10. — Raspador, número 204
Tamaño natural

perfecto, de retoques sucesivos, según puede verse en los desarrollos esquemáticos de sus bordes activos. El reverso sin trabajos de acomodación.

El otro raspador (fig. 10) es de forma subdiscoidal con un borde activo menudamente trabajado y retocado. Monofásico como el anterior. Es de « calcedonia translúcida ».



Fig. 11. — Lámina,
número 202. Tamaño
natural.

La forma de estos raspadores difiere de los tipos señalados para las gobernaciones australes de Patagonia (Outes, 14, 303 y siguientes; Vignati, 19, láminas XXIX, XXX, XXXI, XXXII).

La lámina (fig. 11), de pequeño tamaño, ha sido obtenida con muy sumario trabajo. En su borde activo presenta irregularidades producidas a consecuencia del uso. No tiene retoques secundarios de acomodación. Es de « obsidiana negra, listada ».

¹ Las determinaciones petrográficas corresponden a mi cuñado doctor Franco-Pastore.

Láminas de este tipo y dimensiones no son conocidas en los paraderos y estaciones de la costa atlántica.

El objeto que considero un adorno labial — al que le falta el botón de sustentación — (fig. 12) es un fragmento de una pieza mayor, cilíndrico y finamente pulido, negro. Su superficie presenta una serie de grabados cuyo desarrollo puede verse en la figura 13¹. También podría ser una nariguera, aunque su grosor un tanto excesivo, 13 mm, y su peso, lo hacen, a mi entender, inadecuado para ser soportado por la ternilla de la nariz.

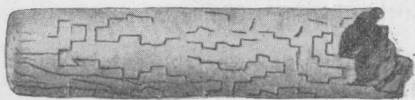


Fig. 12. — Adorno labial, número 278
Tamaño natural

Es de un «esquisto arcilloso negrusco, de textura casi foliácea cuya composición es tan pura que

a la lupa no se alcanzan a reconocer fragmentos de mica ni granitos de cuarzo. Por ello la masa es uniformemente blanda».

Ambos adornos corporales, labial y nasal, han tenido amplia difusión en todo el territorio patagónico, según se viene demostrando mediante el hallazgo de ejemplares y la exhumación de documentos que los mencionan en los primeros tiempos de la conquista.

La pieza, que hasta el descubrimiento de esta de Nahuel Huapi,

consideraba como encontrada más hacia la cordillera, es una procedente del arroyo Apeleg, en el territorio del Chubut, que pertenece al Museo Etnográfico donde está catalogada con el número 31806.

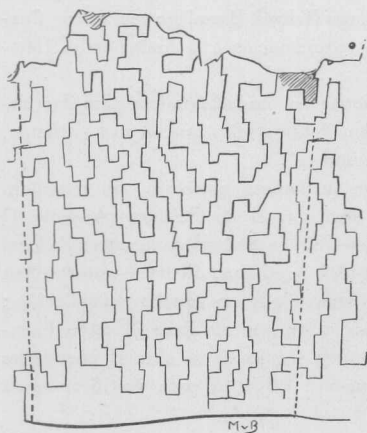


Fig. 13. — Desarrollo de los grabados que adornan el adorno labial. Tamaño natural

¹ Esquema realizado por la dibujante del Museo, señora Mera von Bülow. Mis agradecimientos.

Exégesis histórica

Corresponde precisar ahora, a la luz de los documentos que se tienen acerca de la historia de esa región, cuál fué el origen de este cementerio indígena.

Es sabido, por abundantes crónicas, que al iniciarse el siglo XVIII se estableció en una de las orillas del lago Nahuel Huapi una misión jesuítica debida al celo religioso del Padre Philip van der Meren — más comúnmente llamado Felipe de la Laguna — quien aprovechó los conocimientos de la región que el Padre Mascardi había adquirido durante sus exploraciones en las postrimerías del siglo XVII, motivo por el cual fijó la sede de la misión donde éste lo había hecho anteriormente ¹.

¹ La radicación del P. Mascardi en el lago Nahuel Huapi no tenía otra finalidad que la de ser una primera etapa de aproximación a la ciudad de los Césares, en cuya busca andaba.

Aprovecho esta circunstancia de mencionar esa ciudad fabulosa para dar término a una pequeñísima cuestión de orden bibliográfico que, según entiendo, no ha sido debidamente aclarada entre nosotros *.

Es sabido que de Angelis publicó, en su famosa colección, un derrotero a dicha ciudad a nombre de Rojas y otro con el de Falkner (Angelis, 1) — aunque no falten, según se verá, quienes hayan dudado de la paternidad del escrito atribuida a este último. En múltiples ocasiones, diversos autores han señalado la dudosa exactitud de los textos transcritos en aquella recopilación; por mi parte, urgido por otras necesidades, y sin que me lleve el deseo de expurgar defectos me constriño a considerar este acápite de la obra el peor entre los malos, especialmente por no haber motivo explícito para justificar tanta incongruencia acumulada **.

Pero, como no es mi propósito demostrar errores, veamos a dónde había llegado la crítica en esta recuesta bibliográfica.

Payró — que por la índole de sus escritos no tiene la obligación de la exac-

* Digo « entre nosotros » porque este busilis tiene carácter local. En Chile, por ejemplo, se ignora la existencia de tal disputa y se alude al derrotero de Díaz de Rojas como único conocido (Latcham, 10, 242).

** Por ejemplo: ¿ quién ha escrito el comentario impreso en las páginas 5-10, que se despegó del texto de aquél? ¿ Cómo no se ha visto que los párrafos firmados por Silvestre Antonio de Roxas se superponen e intercalan con los que se ponen bajo el aval de Falkner?

Tratando de ubicar este sitio tenemos una referencia de carácter general. Relata el Padre Enrich — en su tan documentada obra — que llegado el Padre Mascardi al lago « muchos fueron los caciques que vinieron a visitarlo, así de los puelches como de los poyas, ofreciéndose cada uno de ellos a llevarlo a su toldería; comprometiéndose a asistirlo en todo, si se dignaba fijar entre ellos su morada. Más él *prefirió la margen boreal* de Nahuelhuapi »... (Enrich, 4, I, 740), expresión que tiene su correlativa expre-

itud — opina al respecto : « Otro jesuita de mucho renombre y fama, autor de una notable descripción de la Patagonia, no sólo estaba convencido de la existencia de la Ciudad de los Césares, sino que *creía conocer el camino seguro para llegar hasta ella*. Tanto es así, que en 1760 escribió un derrotero que parece el mismo de Antonio de Roxas con algunas ampliaciones de detalle, agregándole una descripción de la ciudad, que no puede ser más completa » (Payró, 16, 473)*. Todo lo cual significa que, a pesar de la similitud de los textos de Falkner y Roxas, Payró no duda que aquél sea el verdadero autor.

Términos asaz semejantes a los de Payró son los estampados por Gandía : « en 1760, — dice — el P. Tomás Falkner publicaba un « Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada », describiendo la ciudad *casi con las mismas palabras* que Silvestre Antonio de Rojas » (Gandía, 9, 269)**.

A su vez, el P. Furlong, manifiesta : « dudamos mucho que este escrito sea de Falkner ; ciertamente que la segunda parte del mismo no puede ser suyo » (Furlong, 7, 101)***, motivo por demás suficiente para que resulte extraño haga figurar tal trabajo en la nómina de las publicaciones de aquél, como número válido.

Pero, por cierto, que ninguno de ellos ha sospechado que de un solo documento, de Angelis — con poca escrupulosidad — ha hecho dos, bajo distintas firmas. Es muy posible que a más del documento original, cuyo paradero se conoce

* Hago imprimir en bastardilla las aseveraciones que entrañan otros tantos errores.

** Como en el caso anterior, hago imprimir en bastardilla los errores de información. Sin embargo, no dejo de manifestar que sería muy interesante para nuestra ilustración que Gandía puntualizara « dónde publicó » Falkner el Derrotero famoso...

*** Creí en un principio — y, al parecer, excediéndome en suspicacia — que una de las innumerables modificaciones introducidas por de Angelis en el texto del Derrotero era la que, con muy buen criterio, permitió al P. Furlong descartar la posibilidad que la descripción de la Ciudad Encantada pudiera haber sido escrita por Falkner. Se trata de la expresión : « al uso de *nuestra* España », posesivo que en la versión de Moraleda no existe, pero que, en cambio, consta en la transcripción de Latcham, proveniente de la copia existente en el fondo Morla Vicuña (Latcham, 10, 243).

sión gráfica en los mapas de Falkner (mapa 2) y de Cardiel (mapa 3) — Falkner, 5, mapa; Outes, 15, mapa ¹ —. Bastarían estos antecedentes — a no existir otros — para descartar la hipótesis formulada por el doctor Francisco Fonck, quien no hesita en situar la misión a orillas del « estero de la Duda » entre la península San Pedro y el continente, es decir, en la costa oeste del lago Nahuel Huapi (Fonck, 6, 388, mapa).

Pero, afortunadamente, existen otras pruebas más que confirman que la misión estuvo ubicada en la orilla oriental del lago. Es el testimonio del Padre Olivares que misionó en ella y, como nadie, estaba en mejores condiciones para informar del lugar donde había actuado. Dice así: « En las dilatadas campañas que miran a la cordillera *de la otra banda de la laguna están los poyas*, cuya conversión pretendió el esfuerzo del venerable padre Mascardi i del padre Felipe [de la Laguna]; i juzgaron ámbos *que para plantar la misión, este paraje* de Nahuelhuapi era el más cómodo »... y, tras otras reflexiones, añade: ... « porque estando los poyas confinantes presto se entraba en sus tierras, o por tierra *o atravesando tres*

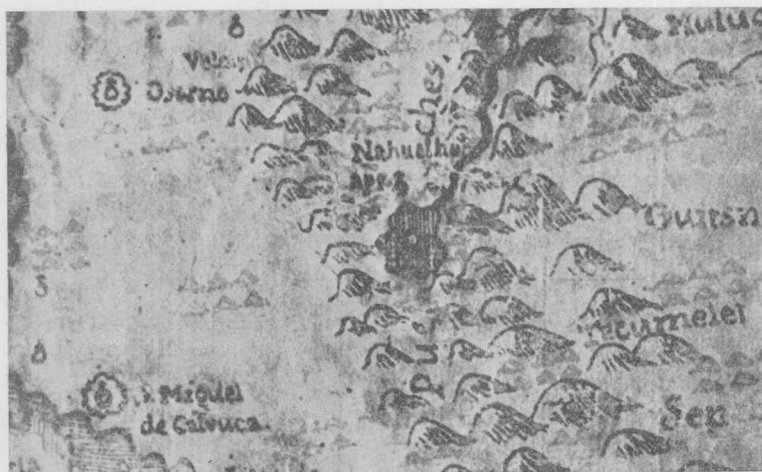
(Torre Revello, 17, 51), ya hayan sido publicadas otras versiones. Conozco una, que de por sí, acaba con todas las dudas. Es la proporcionada por Moraleda — que hizo sus trabajos en el siglo XVIII — mediante la cual se comprueba que los dos documentos hechos conocer por aquél, integran un sólo original (Moraleda, 11, 427-433; la descripción de la ciudad: 432-33) y que la suma de aquéllos no llegan a completar — fuera de todas las correcciones y modificaciones introducidas — el texto prístino.

En definitiva: el texto publicado en la célebre colección como de Falkner, no es de éste, sino que son los párrafos principales del derrotero de Díaz de Rojas; que el texto atribuido por de Angelis a Díaz de Rojas es una mutilación 95 % del original; y, a pesar que ambos textos se complementan, no consiguen reproducir íntegramente la presentación que hiciera al Rey en 1712 don Silvestre Antonio de Rojas.

¹ La importancia de este mapa de Cardiel no radica, por cierto, en su técnica cartográfica, sino en los nombres de las parcialidades aborígenes que proporciona y la ubicación que les atribuye. Como este análisis etnográfico no había sido aun hecho a la muerte de Outes, me ha parecido conveniente efectuarlo en un estudio que tengo ya listo para ser entregado a la imprenta pero que las dificultades inherentes a la escasez de papel para láminas me impiden publicar de inmediato.



Mapa 2. — Fragmento del mapa de Falkner donde está ubicado el asiento de la misión



Mapa 3. — Fragmento del mapa de Cardiel con la ubicación del establecimiento misionario

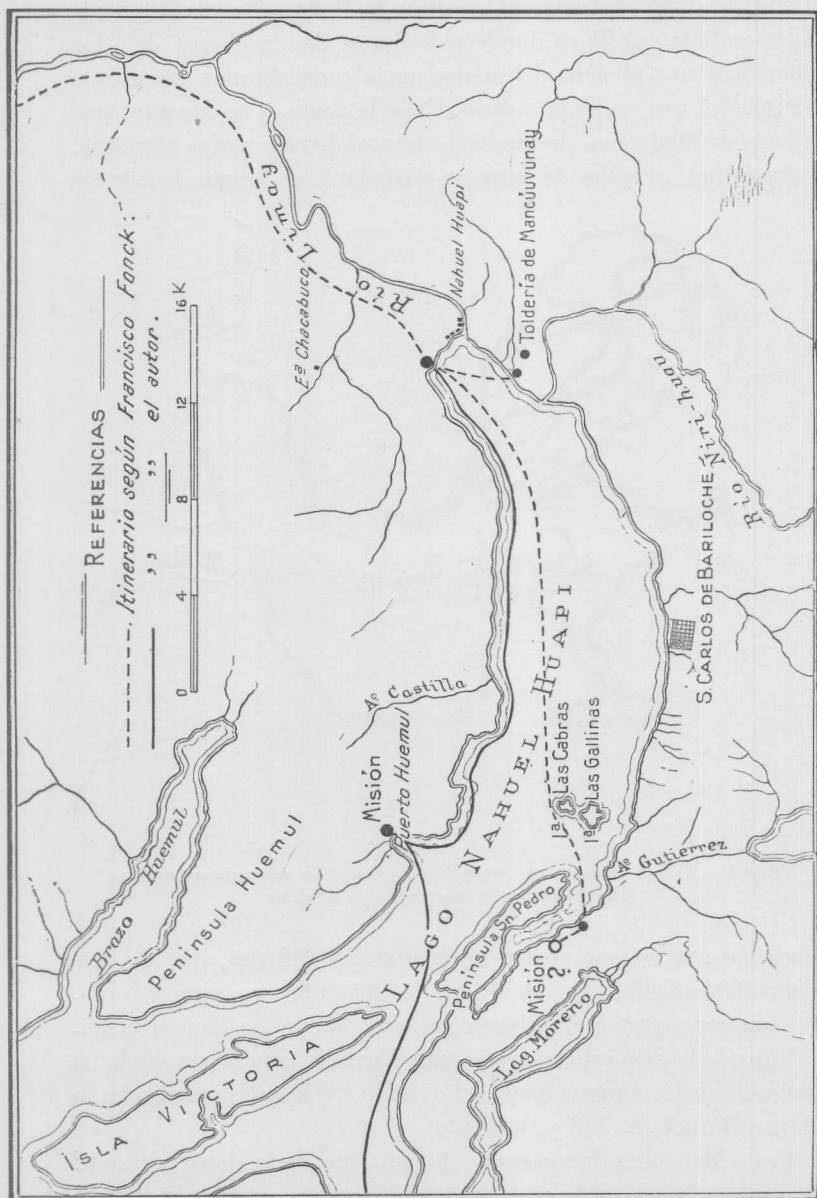
leguas de laguna » (Olivares, 13, 509 y siguiente). Según se comprende, a estar la misión donde lo sugería el doctor Fonck, era innecesario atravesar el lago ; navegación de la que han quedado otras referencias : tal, cuando el mismo Olivares relata el viaje del Padre de la Laguna a Chile, en busca de provisiones. « *Púsose en camino* — dice — acompañado de algunos puelches *con una pequeña piragüilla*, sin más matalotaje que un poco de harina de quínua i unas habas » (Olivares, 13, 512).

No es necesario insistir : la misión estaba establecida en la orilla oriental del lago, pero ¿ dónde ?

Por suerte, esta omisión de los historiadores de la Compañía de Jesús, se ha salvado mediante el 'diario' de viaje de fray Francisco Menéndez que consiguió encontrar los restos de la capilla en el año 1793.

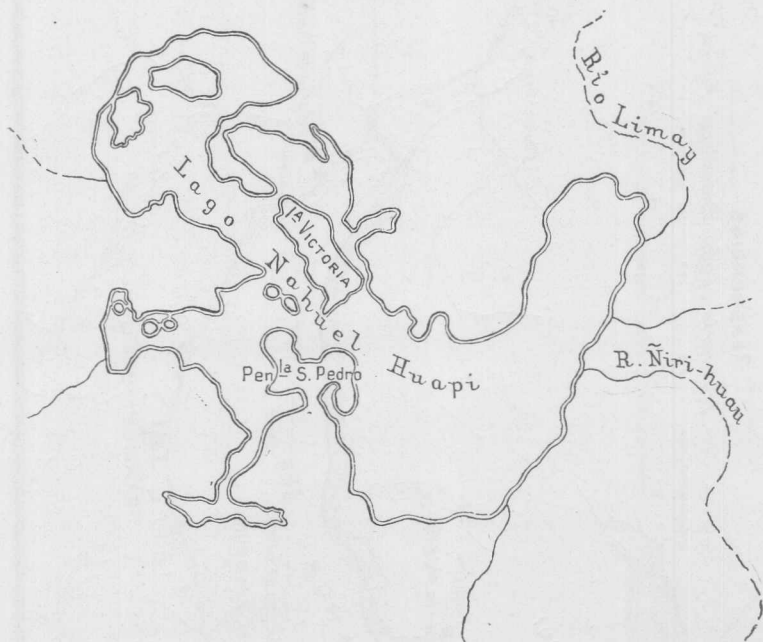
Quiero transcribir la parte concerniente del 'diario', con las aclaraciones — puestas entre corchetes — que juzgo necesarias, para que pueda seguirse, sin acomodados personales, la descripción del descubridor. Dice así : « Después que estamos en la laguna [se refiere al lago Nahuel Huapi] solo un día hubo de calma, tal qual día sosegaba un poco, pero luego volvía a su primera fuerza la travesía. Oy [17 de marzo de 1793] amaneció en calma y luego nos embarcamos, [estando en el « cuartel general » situado al N. O. del actual caserío de Nahuel Huapi (véase el mapa 4)] fuimos costeanado por la costa del norte [esto cobra sentido claro considerando la forma que él le asigna al lago (véase el mapa 5)] hasta frente de las dos islas, que hay en el seno del sur [islas Las Cabras ¹ y Las Gallinas del mapa 4] de donde salió el viento con bastante fuerza. Quizo Dios que hubiese allí una ensenada, en la que tomamos puerto, que esta abrigado de todos los vientos, menos desde el sur hasta el leste. Salimos a registrar la tierra, y en medio de la ensenada en un alto cerca de un riachuelo se encontró

¹ Por causa que no puedo imaginar, el dibujante cartógrafo a quien acostumbro encomendar los mapas de mis publicaciones, ha escrito « Las Cabras » en lugar de « Huemul » para la isla vecina a « Las Gallinas ». Es un error que ruego al lector quiera dar por salvado.



Mapa 4. — El lago Nahuel Huapi, cartografía moderna, con la ubicación de la toldería de Mancúvunay, según Fonck y de la misión con las interpretaciones del texto de Menéndez, según Fonck y del autor

el sitio en donde antiguamente estuvo la Mision. Se ve claramente el lugar de la capilla en donde se hallaron dos mecheros de laton amarillo y una plancha del mismo metal con algunos círculos al compás los que yo he guardado. Cabó la gente, y se encontró una bobeda de Madera en donde havia seis calaberas, varias planchas, y chaquiras, argollas de fierro ya gastadas y un fierro. Señala las



Mapa 5. — El lago Nahuel Huapi, según fray Menéndez, con nomenclatura moderna para los elementos de equivalencia indudable

Madrinas que estaban recién quemadas por el fuego, que el Sargento Pablo Tellez pegó en el mes de Diciembre proximo pasado. Se conservan quatro madrinas o postes a quien no toco el fuego. El sitio de la casa está un poco más hácia la laguna con todo el suelo enrajado, aunque quasi echo polvo, y la calle que rodea la plaza » (Fonck, 6. 388 y siguiente).

Fray Menéndez dice claramente que partiendo de su « cuartel general » situado en la costa norte del lago, la expedición avanzó

costeando esa orilla norte, sin dar noticias que cruzara el lago, y que hubo de refugiarse, por el contrario, dada la violencia de los vientos, en una ensenada que « quiso Dios que hubiese allí » situada frente a las dos islas existentes en la parte sud. No habiéndolo cruzado y existiendo en la costa norte, precisamente frente a las islas (lám. IV, fig. 2) una pequeña rada, contigua a un arroyo, es evidente que el desembarco de fray Menéndez se realizó en la costa norte y que su ubicación debe buscarse en la península Hue-mul. El lugar que a la misión asigna fray Menéndez es, pues, el sitio mismo donde se encuentra el enterratorio que he descripto.

Esta interpretación se nos presenta tan decisiva que todo suplemento de prueba aparece como superfluo. Sin embargo, quiero aducir la imprudencia que hubiese significado de parte de fray Menéndez la travesía de todo el lago, como lo pretendía Fonck (véase el mapa 4), dado lo inseguras que eran las embarcaciones de que disponía, cuando por elementales razones de cordura convenía costear, como lo hizo, hasta frente de la península San Pedro para reducir, en lo posible, la alta navegación.

Aunque la demostración anterior sea categóricamente convincente, no creo superfluo aducir otras pruebas fehacientes que pueden encontrarse en el mismo 'diario' del arriesgado explorador franciscano con sólo concatenar las informaciones dispersas que se refieren a los mismos hechos materiales. En efecto; al describir Menéndez el lago dice: « El desagüe — el Limay — está a lo último ácia el leste, tira al norte y despues sigue al leste por la pampa. Desde este desagüe hasta frente a la ysla grande es lo que llaman Nahuel Huapi, en donde estuvo primero la Misión y me señalaron para nuestra habitación quando vuelba a vivir allá » (Fonck, 6, 319) ¹.

¹ La « ysla grande » no es otra que la actual Victoria, como se desprende de su explicación y el mismo Fonck lo reconoce (Fonck, 6, 321, nota que viene de la página 319), de modo que, a simple lectura, se comprende es la costa norte desde esa isla hasta el Limay, la zona a que se alude, pero Fonck, con pertinacia que desconcierta, lo comenta diciendo: « la ubicación de esta tierra deja en duda si se extendía por el Norte o el Sur del Desagüe. La hemos colo-

Dando el valor que tiene a la última frase transcrita: « y me señalaron para nuestra habitación quando vuelba a vivir allá », bastaría saber dónde Menéndez plantó su campamento al volver al año siguiente, para zanjar definitivamente la cuestión. Ahora bien; « el día veinte y siete — de febrero de 1793, dice el 'diario' — nos embarcamos en las dos pirahuas, y con viento en popa llegamos en siete horas y media cerca del desagüe de la laguna, al lugar que en el viage pasado nos señalaron para tomar puerto. Antes de desembarcarnos vimos un palo clavado cerca de la playa... que estaba en el lugar, en que quedaron de poner señales » (Fonck, 6, 358 y siguiente). Este texto es tan claro y tan intergiversable que Fonck se ve reducido a poner el cuartel general en la costa norte del lago (véase mi mapa 4) añadiendo — con candor excluyente de toda incorrección deliberada — que ese « puerto corresponde casi exactamente al lugar en que Falkner coloca en su mapa la Misión » (Fonck, 6, 359, nota 1). ¿Cómo no ligó la referencia del año 1792 con este desembarco de 1793? ¿Cómo llegó a olvidarse de aquella manifestación que condicionaba el nuevo desembarco, superponiendo « lo que llaman Nahuel Huapí en donde estuvo primero la Misión » con el lugar del cuartel general?

No es necesario insistir sobre esos errores. Ha bastado la simple presentación de los antecedentes proporcionados por Menéndez para que queden desvirtuados; dándose la circunstancia que la misma demostración negativa deje en pie — ya inconvencible — el cipo memorativo de esa bella tentativa malograda por el bárbaro codicioso.

Como consecuencia del análisis anterior creo que debemos considerar el enterratorio de la península Huemul, bien como el propio cementerio de la misión fundada por el Padre Laguna, bien como el de los indígenas sobrevivientes a la destrucción de la misma. Me inclino a creer lo primero, especialmente porque algu-

cado en nuestro Plano en esta última dirección » (Fonck, 6, 322, nota que viene de la página 319). ¡Y así sigue, impermeable, leyendo e interpretando torcidamente lo que es de suyo claro y evidente!

nos objetos encontrados — sobre todo el disco metálico — trae a la memoria los que fray Menéndez refiere haber hallado en las ruinas de la capilla, la cual pudo ubicar, porque en la época de su viaje aún era dable señalar el lugar que ocupaba.

Según entiendo, este enterratorio data de los primeros años del siglo XVIII. No obstante, no puede excluirse en absoluto que el cementerio sea posterior y que corresponda a la época en que, ya extinguida la misión, sobrevivían en algunos indígenas las nociones de una religión que iban insensiblemente abandonando para adoptar, nuevamente, los ritos de sus antepasados.

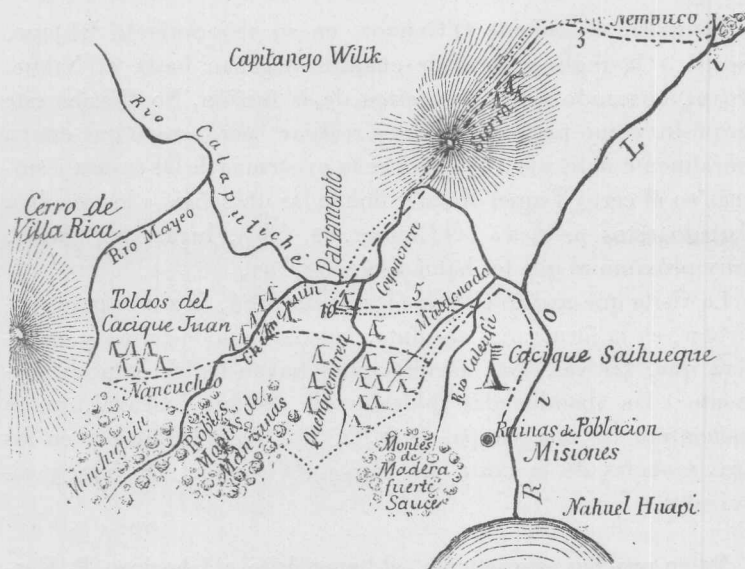
En uno u otro caso, el enterratorio de la península Huemul representa un período de transición entre la obscura y primitiva cultura indígena y la iniciación en el culto católico.

He dedicado el primer lugar de este análisis a la hipótesis del doctor Fonck por ser quien, con verdadero ahinco, procuró establecer la ubicación que había tenido el establecimiento misionario. No era ésa, por cierto, la preocupación de Cox al llegar al Nahuel Huapi, algunos años antes, pero también él, tuvo interés en situarla.

Para ello, sometió el texto de Menéndez a su personal interpretación, corroborada, según dice, por el informe que le suministró la mujer del cacique Huincahual (Cox, 3, 73 y siguiente). Según entiendo, ha considerado como sede de la misión lo que pudo ser uno de los lugares — de la orilla del lago o de sus islas — sujeta a cultivo por los jesuitas — de los que han quedado referencias en Olivares (Olivares, 13, 509) — a que, posiblemente, alude Menéndez en su « diario » de los días 21 y 23 de enero de 1792 (Fonck, 6, 300 y 310). Debe añadirse, para apreciar con justeza la opinión del explorador britano, que él señala un estero como asiento de la misión. No es éste, como se comprende, el lugar más conveniente, ni tampoco queda en la orilla del lago como lo estaba según todos los antecedentes conocidos (mapa 6).

A más de la hipótesis ya estudiada respecto al lugar donde estuvo ubicada la misión jesuítica, cabe indicar que el Comandante Beja-

más o menos conservadas. Este silencio, según entiendo, es de por sí una prueba adversa a las vistas del comandante Bejarano, pero puede todavía, hacerse en su contra otra alegación: el lugar donde la sitúa. Tanto los cronistas de la Compañía de Jesús como el testimonio de Fray Menéndez, señalan que la misión estuvo construída a orillas del Nahuel Huapi, condición que, por cierto, no



Mapa 7. — Fragmento del mapa del mayor Bejarano, con la ubicación que asigna a las ruinas.

llenan las ruinas descubiertas por Bejarano — según se puede ver en su croquis, (Zeballos, 22, mapa frente a la pág. 207, reproducido parcialmente en el mapa 6 de mi texto) — distantes del lago y, más bien, a orillas del río Limay, sin contar que lo defectuoso del plano y el desconocimiento exacto de la región, favorece sensiblemente su hipótesis. Porque, transportadas sobre un mapa correcto, la distancia mínima de diez leguas que señala desde las tolderías del Calefú, se comprueba que corresponde a un lugar situado más al Sur de la confluencia del río Trafal (que no ha dibujado en el croquis) hecho cuyo enunciado basta para

asegurar su imposibilidad : en tren de cacería no era factible — ni necesario — atravesar una corriente tan caudalosa como el Traful. Ello implica que Bejarano vió los restos más al norte de la confluencia, con lo cual queda la misión prácticamente alejada unos 40 kilómetros del Nahuel Huapi. Tal situación, repito, no concuerda con los antecedentes históricos que se conocen a su respecto ¹.

Tampoco el teniente O'Connor, en su relevamiento del lago, escapó a la regla general de cuantos llegaban hasta el Nahuel Huapi, buscando situar los restos de la misión. No llevaba este propósito como parte de la obra a realizar, pero creyó que estaba moralmente obligado a comprobar la existencia de las ruinas jesuíticas en el cerro Tequel Malal ² donde las ubicaban « los que han visitado estos parajes » (O'Connor, 12, 539), lugar, por cierto, muy próximo al que les había asignado Cox.

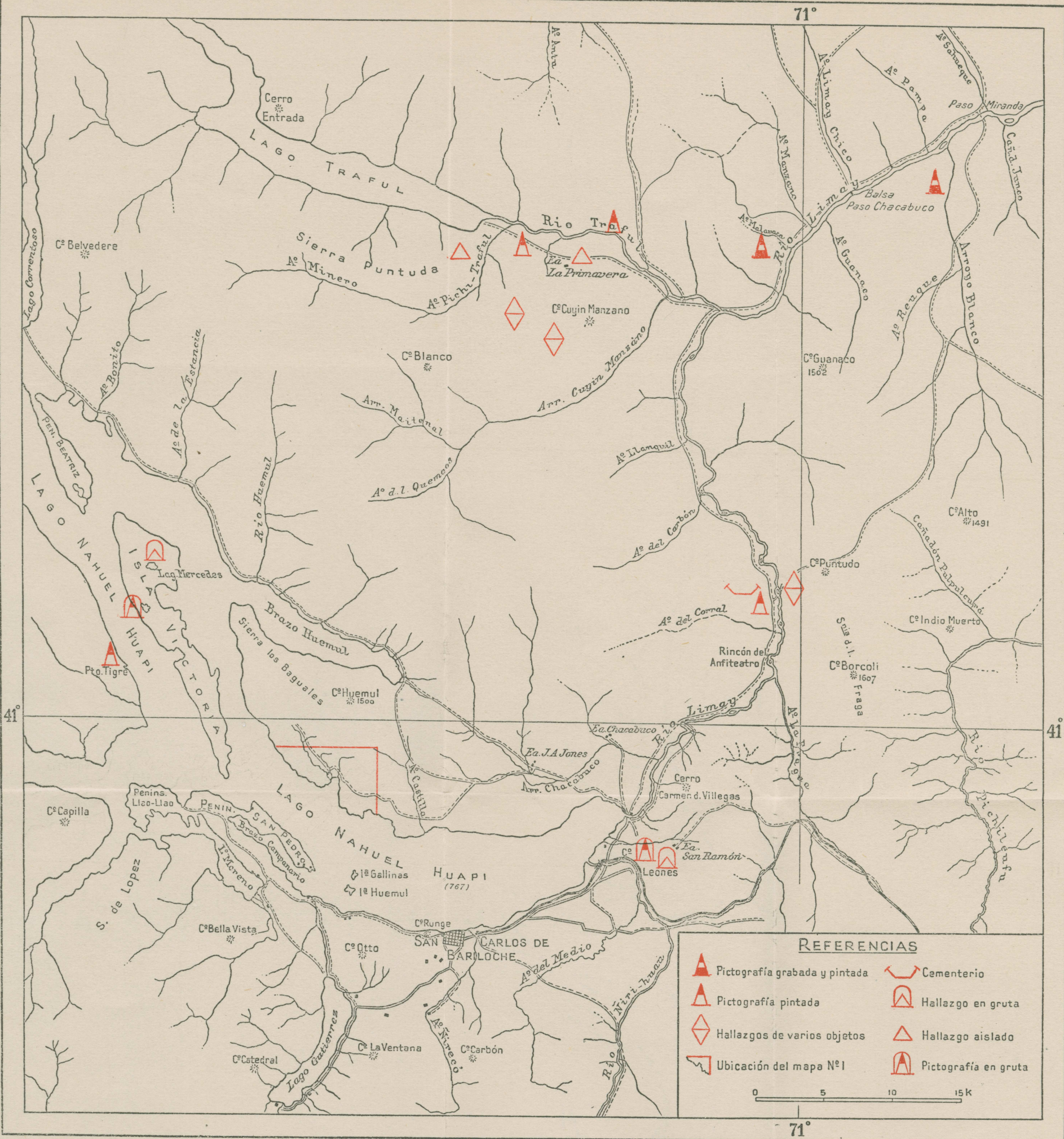
La visita que realizó el 8 de febrero de 1884, le sirvió para desvirtuar, en la forma más absoluta, la existencia de ruinas y considera que, tal vez, esas aseveraciones hayan tenido como fundamento « las abandonadas tolderías del cacique Inacayal, que se encuentran en una pampa, O. N. O. del Tequel Malal y en las proximidades de la costa del lago » (O'Connor, 12, 539 y siguiente).

Ya en pruebas este artículo, el benemérito y laborioso P. Furlong, ha publicado un nuevo trabajo en la serie historial que viene dedicando a la actuación de sus hermanos en religión entre los aborígenes argentinos.

En este estudio, relativo a las misiones entre los tehuelches, el autor ha sido víctima de una deficiente información que lo ha inducido a error. En una reciente estada en los lagos, se le señaló

¹ La existencia del río Traful dentro de la distancia mencionada por Bejarano, no pasó inadvertida al doctor Fonck, quien — sin comentarios — sitúa en su mapa, junto a la desembocadura de aquél en el Limay, las ruinas de la « misión (?) » de acuerdo a los informes del comandante argentino.

² De acuerdo con el plano de Albarracín, que complementa el texto, el cerro Tequel Malal ocupa el lugar del actual Leones.



Mapa 8. — Carta arqueológica de la región de los lagos Nahuel Huapi y Traful

como lugar del enterratorio descubierto por Carlos Ortiz Basualdo uno situado a orillas del río Limay — que describiré en esta misma serie — sin que se le mencionara el cementerio que es motivo de las presentes páginas. No deseando, por otra parte, desvirtuar las conclusiones a que yo había llegado en el estudio sobre el terreno — conocidas a través de una crónica de viaje en un matutino metropolitano (que por su índole son siempre sucintas y escasas en pormenores) — admite un traslado de la sede de la misión a la margen del Limay (Furlong, 7, 94), aunque, con perspicacia que salva su buen criterio, mantiene como ubicación de la iglesia construída por el P. Mascardi : « un punto que debió estar entre el actual cerro Chacayal y el puerto Venado » (Furlong, 7, 95), lugar que casi se superpone con el cementerio de puerto Huemul, asiento de la misión jesuítica en todos los tiempos de su existencia.

Habiéndole advertido esta indebida unificación de enterratorios, el P. Furlong con su sinceridad característica, me ha escrito reconociendo el *lapsus* (carta del 19 de marzo de 1944), pidiéndome haga la rectificación en su nombre.

BIBLIOGRAFÍA

1. ANGELIS, PEDRO DE, *Derroteros y Viages a la Ciudad Encantada, ó de los Cesares que se creia existiese en la Cordillera, al sud de Valdivia, en Coleccion de obras y documentos relativos A la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones por...*; I, n° 5 ; Buenos Aires, 1836.
2. BEJARANO, MARIANO, *Diario de Viage en el Valle del Rio Negro del Carmen de Patagones hasta el cerro nevado del Valle Rica y vice-versa, en Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de la República Argentina presentada al Congreso Nacional en 1873*, pp. 345-350 ; Buenos Aires, 1873.
3. COX, GUILLERMO E., *Viaje a las rejiones septentrionales de la Patagonia, por don ...*, 1862 a 1863, en *Anales de la Universidad de Chile*, XXIII, 3-103 ; 151-238 ; 437-509 ; Santiago, 1863 (tirada aparte, 273 + 2).
4. ENRICH, FRANCISCO, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, 2 tomos ; Barcelona, 1891.
5. FALKNER, THOMAS, *A Description of Patagonia, and the Adjoining Parts of South America* ; Hereford, 1774.

6. FONCK, FRANCISCO, *Viajes de Fray Francisco Menéndez a la cordillera*; Valparaíso, 1896.
7. FURLONG CARDIFF, GUILLERMO, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, en *Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de investigaciones históricas*, n° XLVIII; Buenos Aires, 1929.
8. FURLONG, GUILLERMO, *Entre los Tehuelches de la Patagonia*, 178 páginas; Buenos Aires, 1943.
9. GANDÍA, ENRIQUE DE, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*; Buenos Aires, 1929.
10. LATCHAM, RICARDO E., *La leyenda de los Césares. Su origen y su evolución*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LXI, 193-254; Santiago, 1929.
11. MORALEDA I MONTERO, JOSÉ DE, *Exploraciones jeográficas e hidrográficas de... Precedidas de una introducción por don Diego Barros Arana*; Santiago de Chile, 1888.
12. O'CONNOR, EDUARDO, *Exploración del Alto Limay y del lago Nahüel-Huapi, emprendida el 10 de octubre de 1883 y terminada el 21 de febrero de 1884, dirigida por el Teniente de la Armada D. ...*, en ALBARRACÍN, SANTIAGO J., *Estudios generales sobre los ríos Negro, Limay y Collón Curá y lago de Nahuel Huapi*, II. 454-553; Buenos Aires, 1886.
13. OLIVARES, MIGUEL DE, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, en *Colección de Historiadores de Chile i de documentos relativos a la Historia Nacional*, VII; Santiago, 1874.
14. OUTES, FÉLIX F., *La edad de la piedra en Patagonia. Estudio de arqueología comparada*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, XII (ser. 3ª, t. V), 203-575; Buenos Aires, 1905.
15. — *Carta inédita de la extremidad austral de América construida por el P. José Cardiel, S. J. en 1747*, en *Publicaciones [del] Museo Etnográfico, serie B*, n° I; Buenos Aires, 1940.
16. PAYRÓ, ROBERTO J., *Novelas de la Historia*, en *Nosotros*, año XXI, 453-476; Buenos Aires, 1927.
17. TORRE REVELLO, JOSÉ, *Documentos referentes a la Argentina en la Biblioteca Nacional y en el Depósito Hidrográfico de Madrid*, en *Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones históricas*, n° XLIII, 51; Buenos Aires, 1929.
18. VIGNATI, MILCIÁDES ALEJO, *Investigaciones antropológicas en el litoral marítimo sudatlántico bonaerense*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I. 19-31; Buenos Aires, 1931.
19. — *Resultados de una excursión por la margen sur del río Santa Cruz*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, II, 77-151; Buenos Aires, 1934.

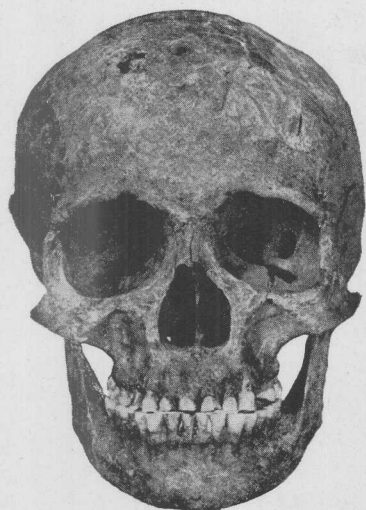
20. VIGNATI, MILCIÁDES ALEJO, *El asiento de la misión jesuítica del lago Nahuel Huapi*, en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática americana*, VIII, 315-321 ; Buenos Aires, 1936.
21. — *Los indios Poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de Patagonia*, en *Notas del Museo de La Plata*, IV, 211-244 ; Buenos Aires, 1939.
22. ZEBALLOS, ESTANISLAO S., *La conquista de quince mil leguas*. Segunda edición ; Buenos Aires, 1878.



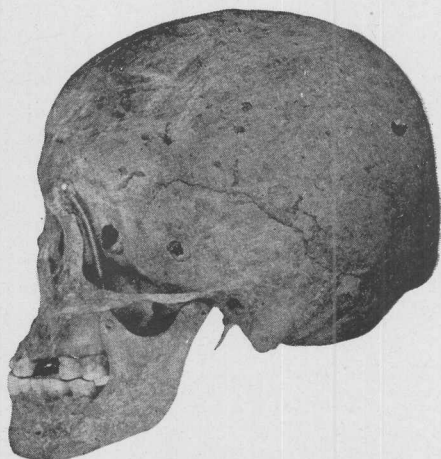
Vista parcial del enterratorio de la misión jesuítica en península Huemul. El cántaro y el disco están desplazados del lugar donde fueron encontrados .



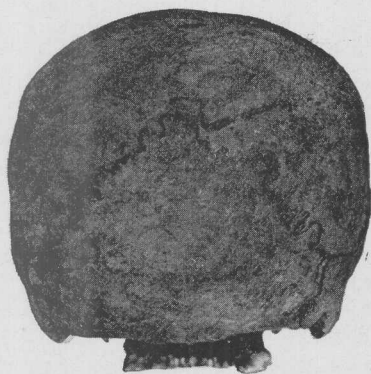
Vista parcial de otra parte del enterratorio de la misión jesuítica en península Huemul



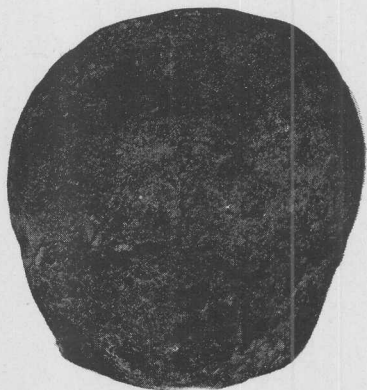
1



2



3



4

Cráneo número 6391 exhumado en el enterratorio de la misión jesuítica de península Huemul
1, norma frontal; 2, norma lateral; 3, norma posterior; 4, norma vertical. $\frac{1}{3}$ del natural



Fig. 1. — Traumatismo que afecta el frontal del lado izquierdo



Fig. 2. — Las islas Gallinas y Huemul que se destacan más oscuras sobre el fondo gris montañoso, de la costa sud del lago, vistas desde el enterratorio de península Huemul